

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

Categorías en cautiverio Acerca de la dependencia de la Sociología Latinoamericana.

Fernanda Beigel.

Cita:

Fernanda Beigel (2004). *Categorías en cautiverio Acerca de la dependencia de la Sociología Latinoamericana. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/265>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

CATEGORÍAS EN CAUTIVERIO

Acerca de la dependencia de la Sociología Latinoamericana

por Fernanda Beigel

(CONICET, UNCuyo)

En una de las últimas exposiciones públicas del sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva (La Habana, 1991) escuché que era más sugerente **problematizar** la realidad antes que describirla: ése era el deber que los sociólogos teníamos asignado. Cueva pretendía interpelar a sus colegas para que reflexionaran acerca de los nuevos rumbos que asumían las ciencias sociales sudamericanas: privatización de los centros de investigación y enseñanza, aceptación sumisa de las orientaciones impuestas por las agencias de financiación de proyectos, desplazamiento de los estudios hacia el enfoque micro, predominio del formato “paper” o “informe” por sobre el libro y la mirada estructural, reclusión de la temática de la dependencia, domesticación, en fin, del pensamiento crítico que había rebalsado nuestras usinas creadoras hasta el inicio de la era del terrorismo de Estado.

Conscientes, quizás, más que otros intelectuales, acerca de los límites de la objetividad científica y dispuestos a situarnos en el cruce de relaciones de poder que constituyen los campos del poder y la política, hace un buen tiempo, sin embargo, que los científicos sociales no **problematizamos** nuestro propio campo. Nuestra actividad disciplinar supone un ejercicio de reflexión situada sobre la propia práctica. Es entonces alentador observar que comienzan a proliferar

investigaciones sobre la historia de la sociología latinoamericana, porque nos permiten ubicarnos de lleno en un tiempo y un espacio.

Poco se dijo después de aquella célebre periodización de Rolando Franco (Asunción, Revista de Sociología Paraguaya, 1975) y aquella "Sociología Actual" que venía a reemplazar a la Sociología Crítica" de los años sesenta tenía puesta la mirada hacia delante, pero estaba preñada de resignación y miedo. Desde aquella primera mitad de la década de los noventa, voces como la de Cueva comenzaban a quedar aisladas, subvaluadas como elaboraciones teoricistas o versiones marxistas desactualizadas que no colaboraban en la explicación de las derrotas políticas del sandinismo y la guerrilla; que no contribuían a analizar el impacto de la caída del socialismo real y mucho menos eran capaces de dar cuenta de lo que se presentaba como una era de restauración y conservadurismo.

Teniendo a la vista las producciones sociológicas latinoamericanas de los últimos lustros y evaluada la década de 1990 en su conjunto, creo que, comparativamente, las múltiples y heterogéneas corrientes que consolidaron las disciplinas de las ciencias sociales entre 1959 y 1979 **representaron el momento de mayor autonomía del campo intelectual latinoamericano**. Y que, en este sentido, el período que se abrió con las dictaduras militares en el Cono Sur constituyó, verdaderamente, un tiempo de "domesticación" de la Sociología y las ciencias sociales en general. Por supuesto que esto no tiene que ver exclusivamente con los virajes temáticos, ni con la cooptación o la desertión de tal o cual intelectual, sino con las transformaciones ocurridas en las instancias de producción y circulación de las ideas.

Volver a ese período es, entonces, importante. Para revisar crítica y selectivamente cuáles eran esas instancias en plena producción que fueron desmanteladas, en qué etapa de investigación se encontraban los estudios sobre “situaciones de dependencia”, en qué se ha modificado la realidad de la que nuestra Sociología pretendía/pretende dar cuenta, en qué medida tenía/tiene sentido hablar de teorías del “desarrollo”. Pero fundamentalmente qué instancias, qué mecanismos, qué redes permitieron que esas ideas circularan a punto tal de constituir un momento de expansión sin precedentes en el intercambio y la construcción de teorías al interior del campo intelectual latinoamericano.

Las voces del pasado

Durante toda la década del noventa, estas preocupaciones por la historia del campo, la autorreflexión, el enfoque estructural y la mirada totalizante, fueron quedando rezagadas al compás de la extensión del conformismo y/o el pesimismo que acompañó la implantación de los modelos neo-liberales en América Latina. Inclusive aquellos que se mantenían dentro de posiciones más críticas, ligadas a un nacionalismo popular, al marxismo o a las teorías de la dependencia de antaño, se mostraban renuentes a utilizar categorías del pasado. La realidad que enfrentaban les resultaba tan inaprensible y novedosa que parecía exigir aparatos categoriales y herramientas técnicas radicalmente otras de las que habían explicado el mundo bipolar, la guerra de Vietnam, o más cerquita, el terrorismo de Estado o la Revolución Sandinista.

En su mayoría estos intelectuales estaban convencidos de que la batalla pendiente de la teoría social debía dirigirse contra las diversas formas de reduccionismo (economicista, clasista) que habían oscurecido tanto las discusiones en los años sesenta. El **rechazo del reduccionismo clasista** abría las puertas a una reflexión profunda acerca de las identidades étnicas y de género, que permitiría a estos científicos sociales incursionar en procesos de identificación nuevos o detectar, por fin, el impacto político y cultural de antiquísimas identidades que atravesaban nuevas formas de expansión y transformación como movimientos sociales. El **rechazo del determinismo economicista** replanteaba la prioridad otorgada a los procesos de producción/circulación de bienes y servicios en la dinámica social, dinamitaba el célebre edificio "estructura-superestructura", así como cuestionaba la existencia real de esferas de la economía/política/cultura como espacios homogéneos y dotados de cierta autonomía.

Durante la década de 1970 igualdad y democracia formaban parte de un mismo programa político que, aunque heterogéneo, se unificaba en la lucha contra el terrorismo de Estado y las políticas económicas de los regímenes militares. Las dictaduras parecían el principal obstáculo hacia el progreso de la región y en el fragor de las luchas clandestinas y en el exilio, la palabra "democracia" comenzó a cobrar otro sentido. "Con la democracia se come, se cura y se educa" decía Raúl Alfonsín, hacia fines de 1983, frente a las multitudinarias movilizaciones argentinas en contra de la dictadura. Y con la democracia se podían recuperar las libertades públicas, se podía enjuiciar a los responsables del horror y el saqueo de las arcas del Estado. Pero casi nada de esto pasó y a medida que avanzaban los

años ochenta se confirmaba un rumbo poco auspiciante para el crecimiento y la justicia en nuestra región.

Una revisión de los índices y notas editoriales de la revista **Nueva Sociedad**, entre 1980 y 2000, bien puede mostrar el impacto de estos procesos sociales, económicos, ideológicos y políticos que venimos señalando en los sectores más críticos de la Sociología Latinoamericana. El desarrollo temático de la publicación durante estos veinte años permite evidenciar esta sensación de los intelectuales acerca de que se vivía una época radicalmente nueva, basada en una perversa –pero sólida- alianza entre democracia y desigualdad. En relación con los debates de la dependencia y el desarrollo, año tras año puede verse cómo algunos intelectuales se aggiornaban al discurso neoliberal, proponiendo mejores formas de insertar a la Argentina en el Nuevo Orden Mundial, mientras otros intentan resistir este discurso ensamblando campos teóricos otrora concurrentes, como el dependentismo y las políticas de desarrollo fundadas en el Estado de Bienestar. Progresivamente, se observa un acuerdo acerca de que los legados de nuestras ciencias sociales pertenecen a otra era y no contribuyen para la explicación de la realidad de los noventa¹.

Aquellos que siguieron desarrollando la teoría social con pretensiones de explicar procesos sociales de gran alcance o fenómenos más globales, en el plano de la economía, la cultura o la política, recibieron el impacto de llamado "giro lingüístico" y luego del "giro cultural", que espataba ante sus ojos las impresionantes zonas de la realidad que habían sido obturadas por esos

¹ Cfr. "Democracia o dictadura", nota editorial, Nueva Sociedad, N°54, Caracas, mayo-junio de 1981; Dossier El futuro del desarrollo, **Nueva Sociedad**, N°137, Caracas, mayo-junio de 1995; Cristóbal Kay, "Teorías latinoamericanas del desarrollo" en Nueva Sociedad, N°113, Caracas, mayo-junio de 1991 y del mismo autor, "Estructuralismo y teoría de la dependencia en el período neoliberal", en **Nueva Sociedad**, Dossier ¿Adiós a la industrialización y al desarrollo?, Caracas, noviembre-diciembre de 1998.

reduccionismos. Como siempre ocurre, los desarrollos intelectuales y la sofisticación teórica se expanden más o menos, según un marco de posibilidades que otorgan las condiciones de un determinado campo, en relación con el universo discursivo de cada época, pero también íntimamente “contaminados” por el estado de las luchas políticas y los poderes mundiales.

Hasta el fin de la década de 1990, buena parte del pensamiento crítico se refugió en objetos de menor impacto en la estructura social, algunos, buscando hallar en esos espacios nuevas modalidades de la rebelión social, otros escabulléndose ciertamente de las incertidumbres teóricas arriba mencionadas. Todos estos factores, propios de la dinámica interna del campo intelectual latinoamericano, pero también fuertemente atravesados por las redes de circulación internacional del “pensamiento único”, contribuyeron a la progresiva estigmatización de los debates “sesenta y setentistas” de las ciencias sociales como una especie de corolario de una época que ya fue, como una continuación, profundización, más concretamente, como una radicalización de las tendencias de los años cincuenta, que habría terminado por “agotarse” como producto del excesivo reduccionismo economicista o clasista de diverso cuño².

En la década de 1990 habían voces que intentaban llamar la atención sobre la espeluznante profundización de aquellas desigualdades que otrora se intentaba explicar mediante la categoría de “clase”, sobre la incansable expansión de la polarización mundial que procuraba comprenderse mediante la visión

² La estigmatización –que no escapa el rango de una verdadera mistificación– de las corrientes sesenta y setentistas, tuvo varias tonalidades: desde quienes postulaban esta suerte de agotamiento interno del pensamiento latinoamericano hasta quienes reconocían a estas teorías cierto ajuste con su época pero absoluta distancia con la realidad de fin de siglo. Eduardo Devés Valdés llega a decir que estas teorías cayeron “por su propio peso” cuando comenzó la ola de regímenes dictatoriales en la región. Cfr. Eduardo Devés (2003). *Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990). El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*, Buenos Aires, Biblos, p.117-221.

centro/periferia, o acerca de la persistencia de la **dependencia** y el **imperialismo** como forma de dominación inherente al capitalismo, aún cuando Estados Unidos se vistiera de consenso y anfitrión de la universalización de los derechos humanos, después de derrumbado el Muro de Berlín y la Unión Soviética.

Pero todas esas voces parecían estertores de corrientes ideológicas fenecidas, sonaban a cassettes grabados en una misma máquina del tiempo y eran recibidas más bien como resquicios demodée de un sector del campo intelectual estancado e inerte. Espero poder transmitirles que es cierto: ningún cassette transportado en el tiempo podría acudir en nuestra ayuda si intentamos **problematizar** nuestra realidad. Pero no todas esas voces representaban fantasmas del pasado. Creo que las circunstancias que moldearon la década de los noventa favoreció una suerte de “euforia antirreduccionista” que promovió la sensación de que había que analizar la realidad desde cero, haciendo tábula rasa de todos los conceptos conectores de antaño. Esta euforia alimentó lo que a mi juicio es un mito simplificador y homogeneizante, que estampó en las corrientes sesenta y setentistas de América Latina y el Caribe el rótulo de economicistas, reduccionistas, clasistas o nacionalistas, cuando en realidad fueron estas corrientes las primeras en poner en crisis la cuestión de lo nacional, el papel de las alianzas de clase, así como en procurar articular el análisis político y económico con los "factores sociales" del subdesarrollo esbozados en los cincuenta por Fernandez, Furtado o Medina Echavarría, entre otros. En particular, los investigadores que se inscribieron en el campo de la liberación advirtieron la necesidad de inaugurar un pensamiento latinoamericano que fuera capaz de

desentrañar los resortes articuladores de la dominación y la dependencia. Por eso se ocuparon de los procesos de formación de la conciencia nacional y se abocaron al papel de la educación y la cultura en el entramado de las estructuras sociales. Sostenían que el pensamiento europeo y luego norteamericano nos venía observando como objetos elaborando formulaciones universales, disponibles para cualquier investigador capaz de contactarse con la ciencia. Pero nuestros dependentistas y liberacionistas descubrieron que eran desarrollos teóricos situados en un tiempo y un espacio, que pretendían hacer de su particular punto de vista una teoría aplicable en cualquier tiempo y espacio. Contra el universalismo abstracto de los modelos europeos o norteamericanos, sostuvieron que el problema central de América Latina estaba en la posición que había ocupado históricamente en relación con los países centrales y que esta misma dialéctica centro/periferia se manifestaba en la aplicación de teorías que expresaban el punto de vista dominante de esos centros intelectuales. De esta manera, para comprender su realidad debían, en primer lugar, asumir esa posición. Por eso postularon la necesidad de concebir a sus países y al continente en sí como un SUJETO, y a los científicos sociales como parte de ese sujeto, en una suerte de desalienación de las ciencias sociales que hacía que los investigadores sociales se situasen en la comprensión cabal de sus circunstancias históricas, articulando a ello una fuerte identificación (integración comprometida en esa realidad política y social) para cambiar esas circunstancias. Pero ellos mismos comprendían que un instante de desalienación en las ciencias sociales no surge como producto de la voluntad de los intelectuales, sino que es parte de un proceso de alineación/desalienación de la sociedad. Las dictaduras militares de América

del Sur vinieron a dismantelar este proceso de conocimiento y la mayoría de las puertas abiertas por el dependentismo y el liberacionismo quedaron inconclusas cuando estaban en pleno desarrollo.

No digo que aquellas corrientes hayan logrado superar la fragmentación de las miradas disciplinares sobre lo social ni que sus teorías pueden ser transportadas, sin más, inventando máquinas del tiempo. Más bien me inclino a sostener que las investigaciones ligadas a las teorías de la dependencia y al marxismo latinoamericanista, en conjunto con las reflexiones de la filosofía/teología de la liberación, se hicieron cargo del punto de quiebre que representó la Revolución Cubana en las discusiones acerca de las vías y modelos de desarrollo, e intentaron tematizar esta necesidad de articular enfoques económicos, políticos y culturales³. Creo que habían avanzado sensiblemente en la discusión del economicismo y el reduccionismo clasista, expresando una revolución propia, pero de alcance semejante a la que Immanuel Wallerstein señala para el año 1968 en el edificio de las ciencias sociales occidentales⁴.

Pienso en investigadores que abordaron productivamente las estructuras de dominación, la historicidad de las relaciones entre política económica y

³ Entre quienes abordaron la cuestión científica, educativa y cultural como central en el diagnóstico y los proyectos de cambio en América Latina podemos mencionar los escritos de Agustín Cueva desde 1967 -Entre la ira y la esperanza- tendientes a señalar la inautenticidad de nuestra cultura debido a su carácter colonizado (para Cueva no hay una cultura india, mestiza ni criolla); las investigaciones de Paulo Freire e Iván Illich acerca de la educación como práctica de la libertad o en torno al sistema escolar como principal enemigo de una revolución cultural liberadora; en una línea más ligada al estudio del papel de las intelligentsias -en una versión bastante lapidaria de las elites culturales latinoamericanas como representantes del pensamiento colonialista- podemos mencionar a Arturo Jauretche y sus reflexiones acerca de que una cultura auténtica solo vendría del combate de la cultura ordenada por la dependencia colonial; y las reflexiones de Eliso Verón o Pablo González Casanova sobre ciencia e ideología, acerca de la función de las ciencias sociales en los procesos políticos e ideológicos en el continente.

⁴ Según Wallerstein, en 1968 este edificio se sacudió y sigue desmoronándose. Fue un gran levantamiento mundial contra la economía mundo. Lo que 1968 hizo fue romper el control total sobre el mundo del sistema universitario valiéndose de los herederos del pensamiento del siglo XIX y restaurar el papel de la Universidad como escenario del debate intelectual. La barrera que antes era infranqueable entre los estudios históricos o humanísticos y los estudios contemporáneos o científico-sociales dejó de ser palabra sagrada. Se desafiaba el marco consensual marxista-liberal del siglo XIX. Este cambio también ocurre en las ciencias físicas y en la matemática. Se trata de una reestructuración profunda en la que las ciencias sociales históricas se erigen tanto en reflejo como en motor integral del mundo social. Las ciencias sociales del siglo XIX surgieron a la par de los movimientos sociales y en tensión con éstos. Se determinaron uno a otro recíprocamente, y lo mismo sucede con las ciencias sociales históricas desde 1968 hasta la actualidad. P.113

desarrollo social, o reflexionaron profundamente sobre las categorías de clase/nación desarrollando una visión continentalista de las desigualdades centro-periferia, como Pablo González Casanova, Sergio Bagú, Ruy Mauro Marini, Gerard Pierre-Charles, Vania Bambirra, Theotonio Dos Santos, Aníbal Quijano, Agustín Cueva, Fernando Velasco Abad. Pienso en la trilogía etnia/clase/nación que ya en los años cincuenta Aimé Césaire, Walter Rodney construyeron con su adscripción al movimiento negro y el desarrollo de un marxismo anclado en la cuestión de la liberación nacional.

Y volviendo al quiebre de 1968 señalado por Wallerstein, creo que estos autores no representaron concepciones acabadas, pero tampoco un agotamiento/radicalización de lo anterior, sino un proceso de conocimiento que fue objeto de múltiples conjuras en los años noventa y que constituye, sin embargo, el punto de partida de los desafíos de las ciencias sociales hoy. De esta afirmación surge que es necesario, más que nunca, revisar los aportes de las ciencias sociales sesentistas y recuperar selectivamente aquellas líneas de investigación, aquellas pistas, aquellos senderos, que constituyen una plataforma histórica y cultural propicia para un nuevo despegue de nuestro pensamiento crítico.

La historicidad de nuestras categorías

Creo que una buena manera de sintetizar lo que la más reciente coyuntura mundial ha producido en las ciencias sociales y en el pensamiento crítico de la región, sería decir que ha precipitado una toma de conciencia acerca de la **historicidad** de nuestras categorías, que ha promovido en nuestro campo

intelectual un instante de autoconsciencia acerca de que estamos parados sobre un tiempo triangulado, en el que presente, pasado y futuro dialogan constantemente. Y no lo digo en el sentido de que los científicos sociales expresemos esta toma de conciencia encarnando al auténtico "ser" latinoamericano mediante nuestra reflexión individual, como decían algunos filósofos en los cincuenta, sino por el contrario, intento decir que formamos parte de un proceso político colectivo de desalienación, del que quizás hemos estado a la zaga, casi como furgón de cola en lo que éste ha arrojado como vertiginoso proceso de conocimiento social.

Permítanme comenzar por la más simple constatación sociológica que me ha tocado "vivenciar" colectivamente, en diferentes ámbitos (reconozco que es una experiencia ciertamente sesgada por las condiciones particulares de la sociedad mendocina y argentina en la que vivo) y podríamos bien considerar como muestra de la extensión de esta nueva situación política mundial, una especie de instante de desalienación análogo en la conciencia colectiva nacional. La crisis terminal que vivimos entre 2001 y 2002 derribó las convicciones de los noventa y se llevó consigo los pilares estructurales del régimen de acumulación financiera. A su vez, dicho sismo nos obligó a revisar quiénes somos y qué recursos tenemos para salir del pozo, y nos "dio permiso" para pensar en términos estructurales, volviendo la mirada hacia el pasado y reflexionando en términos de un proyecto nacional futuro. Todo lo cual parece haber estimulado la *resurrección* de las teorías de la "dependencia", del imperialismo y de las teorías anticolonialistas. Aunque difícilmente nos pusiéramos de acuerdo en los ejes programáticos de dicho proyecto y a pesar de que se han aquietado un poco los

vientos del estallido social, hay ciertas palabras que han vuelto a resonar en los oídos de los movimientos sociales, los intelectuales, la juventud, y por qué no, en los maleables oídos de nuestros dirigentes.

Pero hablar de *resurrección* para referirnos a teorías y corrientes sociológicas, digámoslo de una vez, suena un tanto mesiánico. Categorías como “dependencia” o “imperialismo” no habitan más allá de la historia ni constituyen nudos “esenciales” que se mantienen aferrados al ámbito de la teoría, a la espera de críticos o detractores. Los virajes temáticos o los cambios de paradigmas en las ciencias sociales se explican mucho más cuando nos situamos en las fronteras del campo, en la arena de lucha y/o articulación entre teoría y política, entre el poder y la cultura. Esa sensación de “resurrección” tiene que ver, en cambio, con el hecho de que el presente siempre dialoga con el pasado, aunque a veces pretenda borrarlo de un plumazo o convertirlo en cenizas. Las teorías no evolucionan libremente: los cambios en el objeto son irrupciones que representan mucho más que una piedra en el camino. No es posible que una teoría social se preserve intacta frente a serias modificaciones del fenómeno que pretende explicar, a menos que pierda su vitalidad y quede archivada en los anales de la ciencia. Una categoría se elabora en determinadas condiciones sociales que le sirven de límite, aunque también como “espacio de posibilidad”. En este sentido y bajo estos parámetros puede entenderse la *relativa* autonomía del campo intelectual³.

Quizás algunos compartirán conmigo que fueron dos los momentos de quiebre en las relaciones internacionales los hitos que más han interferido en las tendencias del campo intelectual en el pasado reciente, particularmente me refiero

a los grados de articulación entre teoría y política, entre producción de conocimientos e intervención en lo social. Uno, el fin de la guerra fría. Dos, el comienzo de la guerra fundamentalista. El primero tuvo un impacto brutal en los virajes temáticos que ya venían operándose en América Latina con los procesos de "transición democrática". La caída del muro de Berlín parecía convencer a todos acerca de que entrábamos en una época nueva, sin relación alguna con los conflictos que habían caracterizado al "siglo corto", fallecido en 1991. El triunfalismo neoliberal que nos aturdió en los noventa parecía confirmar que el diálogo entre el presente y el pasado era un diálogo de sordos. La teoría social se esforzaba por detenerse en la particularidad de los nuevos movimientos sociales y los nuevos procesos de identificación colectivos, pero parecía tan fragmentaria como aquellos, tan incapaz de articular categorías explicativas como desarticulados estaban los movimientos. En esta dirección ocurrió una creciente cosificación de los "objetos (sujetos)" del pensamiento latinoamericano que se visualizó en la proliferación de investigaciones científicas o eficientistas y en la fragmentación del campo intelectual. Pocos fueron los intentos de formular teorías de mayor alcance o paradigmas capaces de orientar a las ciencias sociales en este mundo de fin de siglo que parecía apresado entre el pesimismo de la realidad y el sabor a derrota de la voluntad.

La llegada de Bush al gobierno de los Estados Unidos y la mortal campaña de conquista que se expandió luego del atentado a las torres gemelas puso a cara descubierta la ideología que sustentaba un país que siempre se había autoerigido en gendarme de la democracia, pero que ahora enfilaba toda su voracidad capitalista y su potencia militar contra quienes declaraba partes del "eje del mal".

Luego de la confusión inicial, la mayor parte de la opinión pública latinoamericana se opuso a las masacres perpetradas por el ejército norteamericano en Afganistán e Irak. Una suerte de radicalización ideológica ocurrió cuando Estados Unidos dejó de expresar el referente de un sistema internacional supuestamente basado en el consenso.

Súbitamente, la realidad parece tener una cara familiar y las formas de la dominación capitalista se develan, una vez más, como interconectadas, históricas, estructurales. Ni el giro cultural, ni las categorías de globalización, multitud, imperio, etnia, género, pueden dar cuenta del nuevo escenario internacional que revitaliza las identidades periféricas, los nacionalismos tercermundistas y los movimientos antiimperialistas que parecían metamorfoseados en las diversas formas de resistencia a la globalización. Las burbujas financieras y la paulatina descomposición de las formas de la política desarrolladas en los procesos de democratización de los ochenta hicieron eclosión en las conocidas crisis institucionales y estallidos sociales que atravesaron la región en los últimos años. La caída del castillo de naipes que se construyó entre 1991 y 2001 parece habernos dado permiso para volver a proyectar y -luego de una especie de sesión surrealista- nos ha devuelto a la hiperrealidad de la dependencia de nuestros países. Otra vez la ficción ha superado a la realidad y el militarismo norteamericano vino a terminar de dejar al desnudo las debilidades del "pensamiento único" que sostenía la torre de cartón.

Todo esto nos mostró a los científicos sociales argentinos que estamos mucho más sometidos a los procesos políticos y tendencias mundiales de lo que nosotros mismos creemos. Y, sin dejarnos abrumar por versiones conspirativas

estoy convencida que a esos procesos globales hay que sumar los procesos que Pierre Bourdieu ha llamado de "export/import" en la **circulación internacional de las ideas**, aquellas operaciones simbólicas que se montaron sobre estas circunstancias históricas y han ido minando el espíritu crítico de la Sociología Latinoamericana, manifestando más que nunca la **volatilidad** de las fronteras de nuestro campo intelectual. Pues, la desaparición o reaparición en escena de ciertas categorías teóricas no está simple y cristalinamente atada al devenir de su referente empírico, sino las más de las veces con procesos sociales y políticos que ocurren en el campo del poder y cruzan permanentemente el campo intelectual redefiniendo los lentes con los que los intelectuales intentamos aproximarnos a ese objeto. Hay irrupciones, quiebres, en la vida política mundial que impactan fuertemente en la orientación de nuestras disciplinas, fortaleciendo o minando su espíritu crítico. Y siempre hay instituciones que vehiculizan cambios temáticos, legitiman o deslegitiman corrientes, instancias que condensan los nuevos problemas de los períodos de auge de los movimientos sociales o materializan la fragmentación, el desencanto, la derrota. En suma, un conjunto de fuerzas históricas, entre las cuales están los propios intelectuales, disponen de la vida y de la muerte de los paradigmas y las categorías que pretenden explicar una época. Por lo general, los procesos de reestructuración de las ciencias sociales surgen a la par de los movimientos sociales y en tensión con ellos. Se condicionan uno a otro recíprocamente, y quizás esto mismo está sucediendo ahora.

A mi juicio, una de las operaciones ideológicas más brutales ocurrió con la acelerada declaración de muerte del dependentismo, que se consumó en el mito que se fue construyendo desde comienzos de la década de 1980 y caracterizó a

las teorías de la dependencia como un marco conceptual homogéneo simplista, reduccionista o mecanicista que, en la década siguiente terminaría rematándose como completamente inservible para analizar la realidad latinoamericana en tiempos de la globalización. Acusarla de “simplista” era también una forma de decir “ideológica”, dado que proyectaba, supuestamente desde la investigación científica, un cambio de sistema. De esta manera, en una misma operación, mientras se desacreditaban las teorías, se contribuía a opacar la existencia real de relaciones de dominación a nivel internacional. Se trata de una operación que no sólo fue montada por los sostenedores del establishment que los dependentistas azuzaban, sino también alimentada por intelectuales radicales que contribuyeron a divulgar esta imagen. Resulta indispensable desmontar esta especie de elefantiasis construida sobre las deficiencias del dependentismo, por cuanto no sólo se inspira en el combate de toda forma de articulación entre teoría y política, sino que obtura nuestro propio acervo intelectual como latinoamericanos. En primer lugar, porque nunca existió UNA teoría de la dependencia, sino innumerables aportes, muchos de los cuales quedaron restringidos a pequeños círculos y más de una vez incomunicados entre sí, por las condiciones de difusión y diálogo del campo intelectual, o porque quedaron trancos cuando estaban en pleno desarrollo.

Los conjuntos categoriales de los sesenta

Uno de los conjuntos categoriales que se hallan en el centro de los desafíos de las ciencias sociales, en íntima relación con el proceso de “globalización” es,

para mí, la relación entre clase, etnia y nación, la idea de nación, como proyecto o comunidad imaginada, en términos de Benedict Anderson. Pero aquí veremos que, como ocurre con todas las categorías que ponemos en juego, siempre es necesario historiar esos conceptos e ir detectando qué significación asume en cada etapa de su trayectoria. En el caso del concepto de nación, la oposición entre “europeísmo” y “nacionalismo”, entre “extranjerización” y “nativismo”, ha sido la polémica más sostenida del campo cultural latinoamericano desde el modernismo hasta la fecha. Según Jorge Schwartz, esto se produce porque gran parte de la producción cultural de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX se caracteriza por una intensa búsqueda de afirmación nacional (Schwartz, 1991). Durante el cambio de siglo, el cosmopolitismo era entendido, antes que como una corriente filosófica y artística, como un gesto que se caracterizaba por la adicción a los autores europeos y la imitación del pensamiento español y francés. Políticamente, este gesto era denunciado por sus implicancias desfavorables, que acentuaban lo que era definido como “dependencia cultural” que América Latina tenía respecto de la tradición europea.

Para internarnos en la polémica cosmopolitismo/nacionalismo, según se desarrolló en esta época, debemos repasar la idea que por entonces se tenía de “nación”, mayormente vista como de “formación incompleta” por las debilidades de nuestro proceso independentista. Múltiples y heterogéneas reflexiones de la época apuntaban a su carácter de “proyecto inconcluso”. Contribuían a ello las dificultades de institucionalización de la esfera estatal, al calor de los conflictos entre poderes regionales y centrales. En el terreno fértil del periodismo, se desarrollaron variadas formas de nacionalismo que esbozaron programas

distintos, las más de las veces, opuestos ideológicamente. Algunos programas estuvieron marcados por la defensa de lo autóctono desde un tradicionalismo localista y conservador, mientras otros se inscribían en corrientes humanistas, antiimperialistas y/o socialistas, que consideraban a la “nación” como resultado de un proceso revolucionario. Los nacionalismos socialistas, inscriptos en la tradición libertaria latinoamericana tematizaron la relación entre clase y nación en sus discursos. Sus intelectuales más lúcidos plantearon, desde comienzos del siglo XX, una fusión entre un proyecto de socialismo (con múltiples variantes) y la independencia nacional. Y es que la idea de “nación” en esta tradición fue vista como **meta** de liberación y democratización, como fruto de una revolución continental o una “segunda independencia”.

Con el advenimiento de la Revolución Mexicana, la Revolución Rusa y la Reforma Universitaria, el cosmopolitismo comenzó a identificarse como una forma de humanismo, ligado a la experiencia de la Gran Guerra Europea, que convidaba a todos los hombres del mundo a confluir en un internacionalismo pacifista. Frente a la devastación producida por la conflagración mundial y ante la proximidad de la revolución social, era indispensable mirar a nuestras sociedades desde su inserción en el nuevo mundo que parecía avecinarse: un mundo en el que los Soviets desalojaban el chauvinismo imperialista y redefinían la noción de “patria”. Un mundo en el que internacionalismo y nacionalismo dejaban, por momentos, de ser dos polos, para presentarse como mutuamente compatibles, a la vez que

necesarios. Para los intelectuales latinoamericanos todo era posible y *todo lo humano* les pertenecía⁵.

Este internacionalismo se enfrentó a un cosmopolitismo europeizante que venía haciendo crisis, desde que era cada vez más evidente nuestra condición dependiente/colonial. Gran parte del vanguardismo estético-político latinoamericano puso en cuestión ese gesto europeizante y formó parte de programas nacionalistas ambiciosos, que aglutinaron sujetos provenientes de la lucha gremial y política. Si seguimos todavía un poco más de cerca el cruce entre el nacionalismo socialista y el internacionalismo humanista, veremos que asumió los ejes del universo discursivo de la época: confluyó en la idea de lo nuevo y adoptó el proyecto de la “nueva sensibilidad”, que recorrió las venas de América Latina durante los años de la década de 1920. Esta forma de nacionalismo internacionalista estuvo presente en la literatura y el periodismo latinoamericano y parecía resumir las aspiraciones de una nueva generación que estaba dispuesta a derribar el signo oligárquico de nuestro desarrollo.

Las concepciones sesentistas surgieron en un momento en el que predominaba un enfrentamiento entre la categoría de nación, identificada a los estados-naciones como sujetos en las relaciones internacionales y el enfoque de clase que, aun con muchos matices, postulaba que la principal contradicción mundial se hallaba en la oposición socialismo/capitalismo. Este conjunto categorial clase/nación fue, sin embargo, abordado en profundidad por las teorías dependentistas y liberacionistas que elaboraron una formulación que combinaba

⁵ “¡Todo lo humano es nuestro!” fue una consigna frecuentemente celebrada por nuestro vanguardismo. Cfr. José Carlos Mariátegui, “Presentación de *Amauta*”, *Amauta*, Año I, N°1, Lima, setiembre de 1926.

el enfoque de clase con el enfoque nacional, siempre que entendamos por ello cada país en tanto parte de un bloque periférico. Por lo general este nacionalismo socialista y libertario se materializó en movimientos radicalizados, en los que la idea de “nación” nunca encarnó en un estado concreto, es decir, nunca abandonó el status de proyecto de futuro. Formularon sus proyectos sobre la base del posicionamiento por uno de los términos en que se resumía para ellos el conflicto social, ya fuese **pueblo/oligarquía**, **patria/colonia**, **imperialismo/nación**, o la combinación de ambas oposiciones, sintetizada en la dicotomía **liberación o dependencia**. Estos nacionalismos, inscriptos en la tradición de la izquierda latinoamericana siempre consideraron al internacionalismo como una parte complementaria de un programa nacional de independencia del Imperialismo. Y con respecto a las categorías de etnia/raza, los escritos de los liberacionistas caribeños, en particular del martiniqueño Frantz Fanon, que sería luego líder de la rebelión argelina, tendían a concebir la negritud como un sinónimo de explotación colonial, y a la liberación nacional como un proyecto que tenía entre los propios hombres de piel negra enemigos favorables a reinstaurar un sistema de dominación capitalista.

Los intentos de girar en otra dirección

De las tres categorías que formaban parte de este conjunto categorial, sin dudas la que fue menos tematizada por las ciencias sociales en los sesenta fue la noción de etnia, en gran parte por las dificultades de los científicos sociales para visualizar la fuerza de las identidades étnicas en nuestro continente. Se pensaba que la revolución era la liberación de las masas como conjunto indiferenciado,

articulado por su posición subalterna en la estructura de clases, más no se abordaron otras estructuras de dominación como las patriarcales o raciales. Pero además, a mi juicio, por la fuerza omnipresente de la categoría de vanguardia, tanto en el ámbito de la militancia política como en el campo de la investigación social.

Entre los “giros” que pretendieron explicar los nuevos procesos de identificación y se propusieron explícitamente combatir el economicismo y el reduccionismo clasista en las últimas décadas, los estudios culturales y las teorías poscoloniales ocupan, por derecho propio, un lugar significativo. Si bien puede distinguirse a los *Cultural Studies* respecto de las *Teorías Poscoloniales*, hay ciertos ejes conceptuales y enfoques metodológicos que ubican a ambas corrientes en una senda común. Entre las afinidades es necesario destacar la preocupación por el campo de la producción cultural, la recepción de categorías gramscianas como “hegemonía”, el análisis de las relaciones cultura-poder, la utilización del concepto de resistencia, la relación crítica con el marxismo oficial, la selección de objetos de investigación de alcance micro. Y especialmente al derrotero común que llevó a estos teóricos a formar parte del establishment académico: en un caso, a dominar los centros de investigación ingleses y en el otro, a obtener posiciones relevantes en las Universidades norteamericanas. La participación activa de ambas corrientes en el llamado “giro cultural” (Chaney, 1994) manifiesta, sin embargo, una diferencia central que está en el origen de sus preocupaciones. Nos referimos a la cuestión del eurocentrismo, que representa el eje del debate poscolonial, mientras los *Cultural Studies* se han mantenido

mayormente ajenos a los dilemas de la polarización capitalista, y diluyeron el compromiso ideológico inicial en una suerte de culturalismo minimalista.

No es necesario describir aquí la genealogía de los *Cultural Studies*, ya muchos autores han analizado pormenorizadamente su itinerario. Pero conviene recordar que el deseo de superar los análisis del marxismo soviético –que convirtieron a la cultura en una variable sometida a lo económico y esterilizaron el modo de pensar las formas culturales– al cabo de dos décadas se alejó del “materialismo cultural” formulado por Raymond Williams y derivó en una perspectiva autonomizante de los procesos ideológicos, mucho más descriptiva que explicativa. Algunos analizan este último cambio por el impacto del llamado “giro etnográfico” de los ochenta, pero Armand Mattelart y Eric Neveu sostienen, con razón, que plantear como motivo de las evoluciones de los *Cultural Studies* un cambio en los métodos de investigación sería hacer una lectura demasiado académica de este movimiento, amputando esta evolución de su lado político, olvidándose también que la investigación no se desarrolla en el mundo único de las ideas y los métodos (Mattelart y Neveu, 2002).

A comienzos de la década de los noventa, la tercera generación los *Cultural Studies* partía del presupuesto de que la cultura había llegado a ocupar una posición central en la gestión de las sociedades y en consecuencia, en la forma de abordar la acción política, por eso insistía en superar las fronteras que la globalización estaba descomponiendo, como la estabilidad de las culturas y las fronteras de los estados nacionales, promoviendo un retorno a la dimensión subjetiva. En el marco de los procesos de privatización y desregulación de los medios audiovisuales en Gran Bretaña, todo esto derivó en la postulación de que

era necesario revisar más desprejuiciadamente las prácticas de consumo y la mercantilización de la cultura. Entrados los años noventa se produjo esa suerte de **big-bang** de los *Cultural Studies*, con su emigración a Estados Unidos, América Latina, Australia y un buen número de países de Asia. Según Mattelart y Neveu, los nuevos adeptos desarrollaron enfoques cada vez más minúsculos y versiones cada vez mistificadas de la resistencia, e incorporaron nociones como el placer o la diversión, llegando a una apología ingenua de la autonomía de los receptores (Mattelart y Neveu, 2002:59). En fin, a la vuelta de la esquina, el “giro cultural” encontró un callejón sin salida: determinar la existencia de prácticas marginales de resistencia se convirtió en la única militancia posible y casi ninguna relación entre cultura y sociedad pudo explicarse desde la obsesiva atención a las formas e instituciones culturales. Las teorías poscoloniales provenientes de la academia norteamericana, por su parte, han pretendido superar este agotamiento de los *Cultural Studies*, pero la mayoría de las veces quedaron atrapados en sus limitaciones o en nuevas formas de “retorsión” de los reduccionismos⁶.

En cuanto al conjunto categorial compuesto por las relaciones entre sistema-mundo/nación/clase en los estudios poscoloniales africanos y latinoamericanos parece resolverse mediante formas renovadas de cosmopolitismo que, mientras procuran recuperar la categoría de totalidad, producen el efecto teórico –quizás no deseado- de fragmentar los referentes reales de los pueblos periféricos (los estados nacionales, las organizaciones

⁶ El caso específico de los estudios poscoloniales africanos debe analizarse atendiendo a su heterogeneidad y particularidades. Si bien guardan una estrecha relación con las más difundidas propuestas elaboradas en Estados Unidos por académicos de origen asiático o latinoamericano, a la vez se distancian a la hora de seleccionar los tópicos, las fuentes y –lógicamente- las tradiciones intelectuales que ponen en juego para analizar el mundo actual. En estrecha relación con el “cultural turn”, la globalización y la descomposición de las identidades nacionales vienen a conformar el principal nudo problemático de esta vertiente del pensamiento africano, vistas desde los dilemas actuales del período poscolonial del continente.

regionales, la tradición continentalista). Desde un diagnóstico afín a los autores de Imperio, Hardt y Negri, esta crítica asume algunas de las siguientes formas: a) una identificación homogeneizante de todos los nacionalismos con el itinerario de los estados-nación concretos, desde los cuales se ha ejercido la exclusión, racialización o colonización de las etnias subalternas, b) una relocalización de los sujetos del cambio social y de las posibilidades intelectuales de visualización del cambio hacia los lugares “in between” del fenómeno migrante, y/o c) una deliberada identificación del proyecto de liberación nacional tercermundista con el reduccionismo clasista de cierta ortodoxia marxista fenecida mucho antes de la caída del Muro de Berlín⁷.

En el caso de los estudios poscoloniales centrados en las comunidades de origen latinoamericano residentes en Estados Unidos, enfatizan la noción de “raza” en el análisis de las identidades latinoamericanas, intentando reemplazar los enfoques clasistas que caracterizaron a los proyectos socialistas y a los nacionalismos revolucionarios del siglo XX. Así, por ejemplo, identifican el “latinoamericanismo” con una línea continua, creación de “blancos criollos” que asumieron el poder después del período colonial (Grosfoguel, 2002). Frente a éste proponen una especie de tábula rasa que comenzaría con el reconocimiento de la colonialidad de las etnias subalternas al interior de los estados nacionales.

No creo que nadie tenga dudas a esta altura del partido de que fueron los sectores dominantes de cada país los que explotaron, racializaron y en numerosas ocasiones aniquilaron a porciones enteras de la población

⁷ En una posición política diferente se encuentran quienes postulan la viabilidad de un nuevo sujeto político internacional a partir de movimientos como el Foro de Porto Alegre, Cfr. José Secane y Emilio Taddes Comp. *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre*, Buenos Aires, CLACSO, 2000-2001, formato digital.

latinoamericana. Pero eso no implica que el estado-nacional deje de ser el asiento y el referente de las reivindicaciones y luchas de estos grupos. Por otra parte, esa forma de organización social y humana parece lejos de estar en vías de extinción, como ha quedado bastante claro en las exposiciones críticas del concepto de globalización. Desde la perspectiva de la lucha política antisistema, la necesidad de pensar en alianzas regionales para posicionarnos en el nivel de conflicto centro/periferia no tiene por qué anular los proyectos nacionales de transformación de las relaciones sociales. Pero hoy, como ayer, esa democratización al interior de cada país solo parece viable como parte de un proyecto que sea capaz de articular alguna forma de identidad regional, continental o periférica. Los procesos de identificación nacional/continental no son “por esencia” incompatibles con las luchas de clases, ni con los esfuerzos por el reconocimiento de las identidades étnicas o la igualdad de género. Creo que esta “latinoamericanidad”, que siempre fue un proyecto, hoy es más pertinente que nunca. Pero no significa que constituya un espacio homogéneo ni un programa ideológico, válido para afrontar todos los niveles de la desigualdad social. Este renovado “latinoamericanismo” no ha sido, ni puede ser exclusivamente indígena, negro, mulato, mestizo, oriental o blanco, ni tampoco la mezcla indiferenciada de ellos, sino una construcción nueva de todos, en un proyecto social que contemple las áreas principales en las que se desenvuelve la dominación sobre los sectores subalternos: la discriminación, el acceso al poder político, las desigualdades de género, la alienación del trabajo, el desempleo, la cultura, la memoria histórica. Y las ciencias sociales, de una vez por todas, tendrán que ponerse a la altura de las exigencias de una realidad que no se compartimenta en esferas autónomas.

Hacia la captación de la “unidad del ser humano”

Los desarrollos teóricos de los ochenta y comienzos de los noventa que procuraban “desinvisibilizar” fenómenos oscurecidos por el economicismo, como la subjetividad, las identidades étnicas, la discriminación de género y racial, la sensibilidad estética o la cultura de masas, entre otras, en definitiva, no desacreditan el peso que en ellos tiene la desigualdad social ni han logrado desterrar la necesidad de un enfoque estructural que pueda dar cuenta de los diferentes niveles de análisis que en todo ello están implicados. Aunque se han hecho intentos en esta dirección, aún no hemos conseguido aproximarnos a categorías que nos permitan explicar cómo funcionan los resortes de esas estructuras de dominación y tampoco da buenos resultados seguir viendo los procesos de identificación social como estamentos completamente separados entre sí. Me refiero a los desarrollos teóricos que -al intentar derribar cierta ceguera clasista que borraba identidades generacionales, étnicas o de género- termina reemplazando el clasismo por nuevas formas de reduccionismo que ahora pretenden borrar de un plumazo el impacto de la desigualdad económica⁸. Creo que estamos en mejores condiciones que antes para reconocer la complejidad lo social y para explicar estos procesos múltiples de identificación que tienden a combatir formas de opresión. Pero todavía no encontramos un marco teórico que

⁸ Me refiero, particularmente, a enfoques etno-racistas provenientes de los estudios poscoloniales de académicos norteamericanos de origen latinoamericano que hacen de la noción de “raza” una divisoria de aguas entre sectores subalternos y elites dominantes. Al montarse sobre el binomio etnia/raza, estas posiciones teóricas operan como intelectuales orgánicos que inciden en las prácticas que Teresa San Román ha llamado la “retorsión del racismo” y contribuyen a la fragmentación de los sujetos racializados. En América Latina los procesos de racialización no han ocurrido exclusivamente sobre el terreno de la asimilación cultural o la discriminación racial, sino que han actuado en indisoluble alianza con la desigualdad económica y política de esos sujetos. Es decir, las mayorías negras, indias, mestizas o descendientes de inmigrantes son, y han sido siempre, también explotados o excluidos del sistema.

nos permita establecer cuáles son los vínculos de esa unidad relacional. En otras palabras, si un sujeto está atravesado por un conjunto de procesos de identificación de género, de clase, de etnia que lo acerca a otros para desarrollar ciertos aspectos de la vida social que han estado oprimidos o para combatir los obstáculos que esta inquietud encuentra ¿cómo podemos teorizar los niveles en los que este conjunto de formas de dominación se relacionan sin apelar a “leyes universales”, sin homogeneizar sus diferencias? ¿cómo entender históricamente los encuentros y desencuentros específicamente latinoamericanos entre la “desigualdad” y la “diferencia”?

Immanuel Wallerstein ha analizado esta compleja situación en relación con la necesidad de encontrar explicaciones que sean capaces de superar la fragmentación de las miradas sobre lo social, para focalizar hacia lo que Bagú llamaba la “unidad del ser humano”. Según Wallerstein, los monismos/reduccionismos de diverso signo que caracterizaron a las ciencias sociales desde fines del siglo XIX, no sólo estaban sustentados en posiciones teóricas que sedimentaron durante un largo tiempo, sino también en una particular configuración de nuestras disciplinas. Así, desde la tradición eurocéntrica, la economía, la sociología o las ciencias políticas representaban el estudio independiente de tres ámbitos presumiblemente distintos de la vida contemporánea, cada uno en busca de “leyes universales” que se creía regían en su ámbito (Wallerstein, 2003).

Creo que uno de los ejes centrales de la revisión de los legados de las ciencias sociales latinoamericanas del último medio siglo consiste en determinar si

esto mismo afectó a nuestras disciplinas en su momento de consolidación hacia la década de 1950 y, en ese caso, si formarían parte de la tradición eurocéntrica que debemos desmontar. O si, por el contrario, un mito homogeneizante nos obtura la posibilidad de recuperar los momentos de quiebre que ocurrieron entre 1959-1979 y nos impide advertir que el dependentismo y el liberacionismo, que se pararon en una fuerte crítica del desarrollismo cepalino, construyeron un conjunto de desarrollos teóricos afines con la revolución intelectual que Wallerstein señala para 1968. Y tomamos partido por esta última posibilidad, por varias razones. En primer lugar, porque el enfoque de la dependencia implicaba una toma de posición teórica y epistemológica que ponía en tela de juicio los modelos y leyes universales que se postulaban desde las corrientes europeas. En segundo lugar, porque la postulación de un concepto de dependencia estructural sólo era posible mediante una crítica radical de la noción de progreso ascendente, o el desarrollo por etapas. En tercer lugar, porque esa afirmación marcaba la historicidad de la relación desarrollo/subdesarrollo e implicaba subvertir el universalismo abstracto, postulando la necesidad de pensar desde América Latina, articulando la investigación con el compromiso político.

Para resolver, finalmente, si nuestros desarrollos sesentistas pueden constituir un punto de partida semejante al que postula Wallerstein para 1968, queda analizar si la institucionalización de nuestras disciplinas habrían provocado el mismo sesgo fragmentario en el análisis de lo social, es decir, la separación en bloques de la economía, la política y la cultura. Se trata de discutir si el proceso de autonomización y especialización de nuestro campo intelectual puede evaluarse

como paralela de ese consenso liberal-marxista o la autonomización de nuestro campo intelectual también debe estudiarse asumiendo una posición periférica, llevando a fondo la crítica de la noción de progreso que Wallerstein considera urgente desmontar. En este último caso advertiremos que el proceso de autonomización de prácticas intelectuales no está separado de la dinámica de nuestra condición colonial y que esta situación impactó profundamente en las formas que asumió el análisis de la economía, la política o la cultura en América Latina.

El pensamiento latinoamericano de fines del siglo XIX y durante todo el siglo XX ha tematizado creativamente las dificultades de los procesos de institucionalización/autonomización de prácticas sociales, particularmente debidas a nuestra condición internacional subalterna. Más de una vez se ha dicho que, en las primeras décadas del siglo XX, la realidad social se vislumbraba con más claridad desde el vanguardismo artístico o el periodismo de ideas, y no desde el ámbito académico. Pues fue en estrecha conexión con ese suelo fértil de articulaciones entre cultura y política como germinaron espacios intelectuales potencialmente ricos para reflexionar sobre la fragmentariedad de las ciencias sociales y más abiertos a reconocer la complejidad de lo social. Múltiples proyectos “autonomistas” se propusieron enfrentar las dificultades de los frágiles procesos de institucionalización de nuestros estados, sistemas educativos o academias artísticas. Debido a los obstáculos que nuestra condición dependiente imponían a los procesos de institucionalización de las prácticas culturales, el trabajo intelectual ha estado fuertemente ligado a la praxis política desde los

albores del proceso de “modernización”. Antes que con la existencia de reglas de exclusividad para una esfera social o con la invención de “torres de marfil”, la idea de autonomía intelectual ha estado ligada en nuestro continente con la idea de libertad. Y fue gracias a la existencia previa de esa plataforma político-cultural como pudieron despegar los enfoques dependentistas y liberacionistas de los años sesenta.

Ya a fines de los años sesenta, Sergio Bagú tomaba conciencia de la gran transformación teórica que operaba con las nuevas investigaciones sociales que daban a luz los países periféricos después de la Revolución Cubana. Sostenía que la visibilidad del campo de lo social se ampliaba al asumir una posición de rebeldía frente al statu quo. Aunque podríamos caracterizar como ingenuo el gesto que está implícito en la convicción de que un investigador podía superar sus límites histórico-sociales y "visualizar" todos los campos hasta entonces ocultos a la mirada experta, Bagú señalaba un hecho real: fuera del patrimonio empírico y teórico de las ciencias occidentales de la sociedad quedaba un número muy grande de observaciones y pensamientos formulados sobre lo social (Bagú, [1970] 2003). En esa especie de *patrimonio marginal* que constituían, entre otras, las ciencias sociales latinoamericanas, se exponían las limitaciones y exclusiones de aquella tradición eurocéntrica. Bagú decía que lo social, como *realidad relacional*, no había sido suficientemente analizado. Una de las limitaciones estaba en la concepción de esos grandes fragmentos que las ciencias sociales llamaban “económico”, “político”, “cultural”. Al hablar de “estructuras” se evocaban espacios de la realidad social con algún mínimo de autonomía para generar

transformaciones, conjuntos que hasta cierto grado podían explicarse por sí mismos. Se suponía que existían, que no eran sólo el fruto de nuestra abstracción analítica, que cada uno de esos conjuntos tenía algo de cualitativamente propio. Hasta aquí, Bagú señalaba cierta afinidad con la tradición occidental (Bagú, [1970] 2003:81). Su discrepancia aparecía con la primera duda acerca del origen histórico de la percepción de cada uno de esos grandes fragmentos de la realidad que, en los países de Occidente, habían ido dando nacimiento a las ciencias sociales:

Lo que necesitamos es una ciencia del hombre (como no hay ser humano sino en lo social, la ciencia de lo social es la del hombre) que tienda hacia una visión unificada del hombre y su sociedad, cuyas especializaciones respondan a una necesidad metodológica y no a una escisión insalvable del universo del conocimiento; que se despoje de todos los fantasmas mecanicistas, teológicos y metafísicos, pero que no se sienta forzada a recaer en un fatalismo tecnologista llamando estructuras a lo que antes se llamaba Jehová, sino que se empeñe en explicar lo humano como fenómeno precisamente humano, incorporando a su lógica la realidad de la opción y aceptando la enorme complejidad que la opción agrega a todos los procesos sociales (Bagú, 2003 [1970]:196).

Bagú pensaba que las estructuras existían, pero no eran exactamente las que la teoría occidental de lo social enunciaba, ni funcionaban como ésta suponía. Sugería que la realidad social se vive como *praxis anclada en la historia* y que las

ciencias sociales latinoamericanas tienen que encontrar un modo de superar la fragmentación del campo de la observación (Bagú, [1970] 2003). Esta reflexión de Bagú, tan precursora, nos permite señalar que las teorías elaboradas en el marco de la Sociología Crítica participaron activamente de lo que Wallerstein sitúa simbólicamente en el año 1968 como el “desmoronamiento del edificio teórico e institucional del Siglo XIX” (Wallerstein, 2003:113).

Creo que las teorías de la dependencia, la teología de la liberación, los movimientos anticolonialistas, la filosofía de la liberación, y otras corrientes sesenta y setentistas pusieron en jaque tanto la autonomía de las esferas sociales, como la posibilidad de hallar “leyes universales” capaces de explicar la realidad²⁰. No hay, definitivamente, posibilidad de alcanzar la “universalidad” en los términos neutrales del cientificismo desarrollista, o en la perspectiva de lo que fue el marxismo soviético. Pero esto no significa cerrar el diafragma al nivel micro y resignarnos exclusivamente al estudio de casos. Implica pensar las estructuras nacionales y globales de dominación, en función de una mirada dialéctica que permita incorporar las contingencias, las condiciones específicas que, a la vez, colaboran para modificar esas estructuras.

Creo que asistimos a procesos de identificación nacionales que operan en la realidad actual, a los que debemos entender como relacionales e históricos, antes que como “identidades” estables. Se trata más bien del renacer de proyectos nacionales, que se sitúan en la bisagra que ha operado siempre entre el itinerario histórico de los estados-nación –con sus representaciones de la nacionalidad- y los proyectos de nacionalidad que se ubicaron en un lugar contrahegemónico en tanto pretendieron llevar a fondo el proceso de

democratización de nuestras sociedades. Esta nueva fuerza que adquiere lo nacional como parte de un bloque periférico capaz de posicionarse en relación con la dominación por parte de los centros y abre las posibilidades de un proceso de desalienación, como ellos mismos llamaban, a la toma de conciencia acerca de la pervivencia y profundización de las desigualdades mundiales, la dependencia y el imperialismo que *reactualiza* las teorías liberacionistas de los años sesenta. Pero siempre que podamos pensarlas como punto de partida, no como punto de llegada. Y por eso mismo como formulaciones incompletas, que deben revisarse y recrearse mediante un riguroso análisis de las circunstancias actuales.